

Metamorfosis de un abogado

Escribo en la primavera de 1963. Desde el momento en que empezó mi enfermedad hasta hoy —en que (ya hace algún tiempo) no puedo salir a la calle—, han pasado casi tres años. Lo primero fue el pelo de la frente, que me hizo objeto de burlas por parte de algunos de mis compañeros de la brigada (yo soy abogado pero ingresé en la policía en enero de 1960), los cuales decían que a mí me ocurría lo contrario que a los hombres normales, es decir, que en vez de perder pelo con los años y sufrir de progresiva calvicie, iba ganando pelo de modo que un día mi frente se estrecharía hasta desaparecer: “Verás, verás cuando te llegue hasta las cejas”, me decían. (Esto sucedió, en efecto, cuatro meses después.)

Ni que decir tiene que he acudido a los mejores especialistas. Al no conseguir nada por ese lado, acudí con no poca vergüenza a un instituto de belleza al que he seguido asistiendo hasta hace un mes, en que la enfermedad había progresado tanto que los cuidados del profesor López Muniain se revelaron inútiles.

La terapéutica ha consistido fundamentalmente en depilación y maquillaje de las partes afectadas por la densa vellosidad. Esta, después de cubrir mi frente, dejó de progresar unas semanas. Respiré entonces aliviado, pues la depilación y el maquillaje de mi frente me permitían desempeñar mi trabajo y pasear o divertirme sin llamar la atención.

Pero duró muy poco mi alegría. La mancha vellosa siguió por un punto (pequeño como una cabeza de alfiler) en el pómulo izquierdo; punto que fue agrandándose hasta cubrir (a los cuatro meses, aproximadamente) gran parte de mi cara.

Otro dato curioso es que mi barba dejó de crecer con normalidad y se convirtió, poco a poco, en un vello oscuro y tupido de las mismas características que la mancha que ya me cubría la frente y todo el lado izquierdo.

Mis compañeros dejaron de reírse, pero hubo algo que me mortificó muchísimo, y es que el comisario jefe me encargaba algunos trabajos difíciles con la idea (aunque él lo negara) de que mi aspecto era terrorífico para los detenidos (por ejemplo, cuando detuvimos a los huelguistas de las minas de carbón).

Por aquel tiempo yo no podía ya hacer vida completamente normal y se atendió mi caso —he de decirlo— con mucha comprensión en las altas esferas. Se me reservó el turno de la noche y no sólo esto: se me concedió un estimulante ascenso administrativo. Tal cosa me permitía salir de casa con las primeras sombras de la noche (tocado con un sombrero de ancha ala, caída sobre unas gafas negras, el cuello de la gabardina subido, y últimamente con una gran bufanda que me daba, supongo, un aspecto estrambótico) y volver a casa antes de las primeras luces del día.

Allí encontraba los víveres que el portero —un hombre de toda confianza, mutilado de la última guerra— me había dejado durante mi ausencia, y me dedicaba a dormir, a comer, a beber, a hacer ejercicios gimnásticos y dar unos cuantos puñetazos al punching tanto por divertirme como por mantenerme en forma.

Pero el mal trabajaba mientras tanto en el interior de mi cabeza. La enfermedad era más grande de lo que, incluso en los peores momentos, pude suponer; y pronto empecé a notar el abultamiento debajo de mi nariz. Había empezado el proceso que terminaría en la formación del hocico en que hoy por hoy se han convertido mi nariz y mi boca. ¡Simultáneamente con esto, la vellosidad se extendería por todo mi cuerpo hasta cubrirlo por completo; proceso que se desarrolló a un ritmo siempre acelerado.)

A la sazón hablé con el comisario jefe y entonces se decidió, previa consulta al Ministerio del Interior, permitirme que me alojara en una habitación del departamento, donde vivo actualmente. No veo desde hace tiempo la luz del sol (esto me angustia un poco) y lo único que hago es trabajar intensamente. Por lo demás no siento en falta libros ni películas. He olvidado por completo mis años universitarios y desdeño profundamente esta estúpida civilización. Tengo buen apetito. Como abundantemente, casi siempre carne de buey en grandes trozos,

apenas pasada por la plancha, sangrante, que yo mismo desgarro sin necesidad de tenedor ni de cuchillo. El filete tártaro, que al principio de todo esto tanto me gustaba, me produce ahora un hondo malestar debido (quizás) a mi cada vez más fuerte y afilada dentadura (lamento, eso sí, que los colmillos monten ahora sobre el labio inferior, pues esto me da un aspecto un poco cruel, sobre todo cuando me río), la cual (la dentadura) parece exigir una potente y tranquilizante masticación. En el restaurán de aquí al lado conocen bien mis gustos y en ese orden de cosas no tengo queja alguna.

No sé, no sé qué enfermedad es ésta. Por otra parte, cada vez me importa menos saberlo, pues a pesar de todo yo me encuentro mejor que nunca y en todo lo demás soy un ciudadano normal, apolítico y respetable, que cumple escrupulosamente su sagrado deber de funcionario público.